

En respuesta a un lector avisado. Sobre «*Adelaida Martínez y el honor de la pobreza*»

Por RAFAEL ALIENA MIRALLES

Universidad de Valencia

Me piden los editores del *Anuario de Filosofía del Derecho*¹ que redacte una respuesta a las reflexiones que hace el profesor Raúl Susín Betrán, de la Universidad de La Rioja, a raíz de la lectura de mi libro *Adelaida Martínez y el honor de la pobreza* (Fundación «La Caixa», 1999). Lo primero que debo decir es que he tenido el privilegio de encontrar un buen lector. No sólo ha entendido bien muchos de los contenidos de la obra, sino que ha sabido captar su tono, talante, estilo, forma e intención, incluso cuando el libro incurre en zonas peligrosas. Por ejemplo, ¿acaso no tiene razón Susín cuando se pregunta si no habré convertido la investigación científica en una narración en la que se van proyectando diferentes imágenes y recursos literarios que podrían convertir a la protagonista y a su «Barrio Maravillas» en elementos desde los que juzgar a la modernidad, haciendo del trabajo y su lectura una especie de elemento catártico? Como mínimo, su formadísimo criterio le ha permitido ver que *Adelaida Martínez* no es solamente, ni quizá principalmente, una obra sobre la pobreza.

¹ La iniciativa de este intercambio corresponde a la profesora M.^ª José Añón, de la Universidad de Valencia, con quien quedo en deuda. También con los profesores Javier de Lucas y Ernest Vidal, director y secretario del *Anuario*, quienes respaldaron el proyecto y facilitaron su realización final. Por otra parte, este artículo debe mucho al profesor Fernando Díez Rodríguez, historiador de las ideas, cuyo libro, en curso de publicación, *La formación de la idea moderna de trabajo. Trabajo, Utilidad y Virtud* (Editorial Península) es, sin lugar a dudas, una aportación historiográfica de primer orden. Este artículo se acabó de redactar en diciembre de 1999.

Adelaida Martínez y el honor de la pobreza es un libro muy personal, el hijo de un cruzador de fronteras que pudiera no haber sido bien visto, una apuesta arriesgada. Susín ha sabido verlo así y –algo que le agradezco enormemente– ha sido generoso en su juicio. Tenía ante sí una invitación a lucirse, los cuchillos afilados ante un diletante, no demasiado experto en todas esas disciplinas que su crítico le hace dominar, un ser académico altamente vulnerable a cierto tipo de crítica fácil. Pero Susín no mordió la manzana. Todavía existen universitarios. La conversación (pura y simple conversación, aunque simbólica, y no *procesos dialógicos* o similares) es posible. La extravagancia sigue teniendo su público.

Me permitirán que, antes de aludir a la crítica de Susín y dar algunas claves para la lectura del libro, les ofrezca mi pequeño resumen del mismo.

Adelaida Martínez y el honor de la pobreza es un estudio sobre una mujer pobre que vive en un barrio marginal. Su protagonista nos narra su vida y las relaciones con sus vecinos, que le merecen *opiniones contundentes* (de desaprobación por violentos y fraudulentos, así como por la «mala vida» que llevan). De su discurso brota una poderosa imagen, la del honor de la pobreza, que ha dado título al libro. A pesar de su ambigüedad, es la pobreza vivida con sentido, con apego a ciertos valores de trabajo y entrega a la familia, llena de esos relatos y mitos que ayudan en la lucha por la supervivencia. *No es* la pobreza como algo honorable, porque haga mejores a las personas o porque las obligue a vivir de acuerdo con ciertos valores solidarios y no materialistas, de los que supuestamente debiéramos aprender el resto de la sociedad. No es, pues, «el honor de ser pobre», sino «la pobreza vivida con honor», incluso entendiendo por «honor» el apego a un papel social (en su caso el de madre luchadora) como condición de una vida que tenga sentido y orientación.

El libro es también la conversación de un investigador con una mujer que le cambió unos planes que inicialmente iban por la senda de la ciencia social explicativa, casi cuantitativa, ajena a intereses y consideraciones filosóficas, morales o literarias. Me he esforzado por narrar este proceso, este episodio de mi *Bildung*, mi perplejidad y los mundos que se me abrieron, por muchas razones, y entre ellas, por lo útil que puede resultar a muchos otros investigadores². También por aprecio de lo que algunos autores llaman la «razón biográfica».

Es un estudio, por demás, que no rehuye la polémica. No es ciencia social al modo habitual, ni tan siquiera en esa modalidad nueva y próspera de las *historias de vida* (género al que seguramente será adscrito). Hay quizá, para esta corriente, demasiada interpretación y valoración, y demasiadas pocas regularidades, explicaciones y seguridad.

² En este sentido, me agrada ver que Susín considera el libro «como un auténtico y útil manual que muestra formas de investigar y de acceder a las investigaciones en el campo de las ciencias sociales».

des. Es polémico también por todo ese asunto del «honor de la pobreza». Al situarme en este terreno, paso a conjugar (aunque sin ser demasiado explícito al respecto) una ética de las excelencias del carácter y de la actividad que, en el contexto de la acción y la filosofía sociales actuales, no puede sino ser *malinterpretada*. Esto, combinado con mi deseo de privilegiar la agencia frente a la estructura, y lo simbólico, lo microsocioal y lo insignificante, a veces gozoso, frente a la «realidad externa y dura» de la pobreza, provocará sin duda debate. (Ya se sabe que, quien enfatiza, sobreenfatiza.)

Consumada esta presentación, comenzaré mi respuesta aludiendo, primeramente, a dos asuntos que parecen interesar a Susín: el estilo y lo que podríamos denominar el género al que pertenece el trabajo. Más tarde entraré en los contenidos.

Susín habla de mi estilo informal, y –según interpreto– no me lo acaba de reprochar. En fin, soy un académico, y respeto las reglas todo lo que puedo. No pretendo ser lo que no soy (ni probablemente pueda ser). Pero, ¿por qué no esforzarnos por llegar al lector? El lenguaje artificial es detestable; las cosas humanas necesitan también expresiones humanas. Nos equivocamos si dejamos los lectores para los escritores. Por mi parte, estoy todavía en el proceso de buscar mi público, de crearlo incluso, si llega el caso. (Soy profesor de política social y llevo más de trece años formando a trabajadores sociales. ¿Puedo no escribir pensando en este espacio?)

No me reclamo, a pesar de la amable sugerencia de Susín, como intelectual (más bien me espanta la palabra), aunque sí creo que, cuando podamos, debemos hablar para nuestra ciudad. Más me gusta –al menos, de momento– la figura del crítico.

El crítico en el que pienso mantiene una estrecha relación con su audiencia, sus preguntas son en parte las suyas (o nacen de ellas), comparte con ella una parte de sus valores, su sensibilidad, sus inquietudes (y si los impugna, lo hace amablemente, con respeto, partiendo de ellos). Abre sus ojos a ciertas obras e ideas, a ciertos autores y lenguajes. Ordena sus debates, brinda claves, devuelve lo que le fue dado, quizá con una perspectiva radicalmente nueva, quizá con más profundidad, con mejor escritura. Les habla de la condición humana, de política, de moral, de cultura, de sociedad, del poder, de la vida cotidiana, de valores, de justicia, de opresión, de las pasiones, de la enfermedad y la muerte, de la corrupción y la virtud, el egoísmo y el bien común, la decencia y la compasión.

El crítico en el que pienso no está conectado ni con Dios ni con la razón, pero tampoco con la realidad empírica. No es alguien que se ha retirado a las afueras para llegar a saber y que una vez ha descubierto su verdad, vuelve para contarla, para imponerla incluso, con toda la fuerza de aquella conexión última. No debe serlo, y menos si existe el riesgo de que falle en su cometido (y un fallo es no ser leído) ¿Qué pasará si no le escuchan?, ¿si se muestran ajenos a esta nueva verdad revelada?

Nuestro crítico no debe ser un extraño, porque si lo fuera, ¿por qué han de dejar sus lectores que se interfiera en sus asuntos? ¿Por qué han de escucharle? ¿Por qué han de leerle? La pasión por la verdad (el conocimiento de la realidad empírica) no es suficiente, a menos que venga acompañada de la pasión por contar la verdad a esos hombres y mujeres (antes que descubrirla para uno mismo o registrarla para la posteridad). Huye de la enajenación y el extrañamiento, así como de los tecnicismos innecesarios. No recurre al sesgo partisano, el vituperio, el dogmatismo, el tono jurídico, el aire de omnisciencia o irrevocabilidad. Tiene siempre las reglas a la vista. Las respeta. Sabe por qué existen y qué le brindan, pero también cuándo debe suspenderlas, adaptarlas, incluso violarlas...

* * *

Dedicaré los siguientes párrafos a un asunto que a mi crítico parece haberle llamado también la atención, cual es el del género al que debe adscribirse la obra (entiéndase por tal una suma de ontología, epistemología y metodología). Susín es un lector muy inteligente. Reconoce en la obra una particularidad, y le da varias vueltas. ¿Cómo clasificar *Adelaida Martínez*? Le aliviaré: yo mismo tengo mis dudas. El problema (si acaso merece este nombre) radica en que está a caballo entre varios géneros. Me explicaré con la ayuda de esos juegos de pares que parecen haber llamado la atención de mi interlocutor.

Ni científico, ni moralista o político. La retórica del científico gira en torno a tres ideas. Su tarea es el conocimiento de las leyes que rigen la sociedad, o por lo menos, pues lo de *ley* suscita hoy poco acuerdo, el conocimiento de cómo es la sociedad, cómo funciona, cuáles son los procesos que la recorren, cuál es su estructura, su disposición, sus resistencias, su textura, en definitiva, su *realidad*. En este sentido, su aproximación es realista y positiva (es decir, no normativa): se trata de llegar a conocer *lo que hay* como tarea diferente u opuesta a la de proponer *lo que debe haber* o juzgar lo que hay por lo que debería haber.

El científico elabora, asimismo, un discurso que gira en torno a la neutralidad, la distancia, la separación *a lo Hume* entre los hechos y los valores, el no tomar partido, observar desde el mirador, elevarse por encima del fragor de la batalla, etcétera³.

Finalmente, el científico prescribe, sugiere y propone rutas de acción, políticas, medidas, cambios. La ciencia social tiene una voluntad de intervención, siempre la ha tenido, y más ante problemas que se han vuelto sociales, es decir, públicos. En asuntos como el de la

³ Esta es, desde luego, una imagen parcial (deberíamos más bien hablar del científico positivista); sabemos, por demás, que esta doctrina está oficialmente superada (aunque perdura en la baja cocina y en la tropa) o, cuando menos, que ha quedado muy retocada después de las guerras antipositivistas.

pobreza, ¿quién no piensa en las implicaciones prácticas y políticas? ¿Quién no se siente interpelado a decir *qué hacer*, por modesto, impreciso o ambiguo que resulte? La literatura sobre pobreza, explícita e implícitamente, es un terreno para la política, la administración y la acción sociales⁴.

Frente al científico, y en una relación que no sé bien si es de conflicto, competencia o contradicción, se encuentra el *moralista* (que apela a un orbe ético superior y se opone a lo que se enfrenta con este orbe o permanece indiferente frente a él) y también el *político* (que apela a unos principios políticos y se enfrenta al opositor y también al indiferente). Su retórica es, en parte, el reverso de la anterior. Aun cuando admitan (si llega el caso) que su tarea es el conocimiento de la realidad, creen que pueden y deben ser normativos (antes, durante y después), que cuando nos acercamos a la realidad ya llevamos nuestros valores, que el realismo nubla nuestro entendimiento, enfría nuestros corazones y fuerza la pereza de la imaginación, que hay que oponer la utopía a la ideología de la ciencia, etcétera. Los moralistas y los políticos no quieren ser neutrales ni creen en la distancia. En estos asuntos, normalmente, apuestan por los pobres, los oprimidos, los explotados, los humillados, los ofendidos, las minorías y los olvidados, y denuestan a quienes no lo hacen. Ellos son los críticos y los otros los del sistema o la Academia, los profetas frente a los sacerdotes, los portadores del futuro frente a los defensores del pasado, y miden la oportunidad, la relevancia o la calidad de un trabajo principalmente por su distancia con respecto al punto omega de la crítica, la profecía o la novedad. (Claro que si las etiquetas las reparten los otros, ellos son propagandistas, predicadores, panfletistas o similar.)

Tengo mi propia postura sobre muchos de estos asuntos y aquí, como en general, me inclino por pensar que en la moderación está la virtud. Comparto el aprecio por la moderación de un autor como Daniel Bell y su gusto por la complejidad, la ironía, la ambigüedad y la paradoja, así como su propuesta de huida de las disyuntivas y de la imprecación, propiedades, todas ellas, que, en su opinión, promueven una actitud crítica que creo conveniente en estos asuntos, una lejanía y distancia que protegen contra todo compromiso, absorción o inmolación excesivos en un credo o una experiencia⁵. Me agrada la idea que nuestro objetivo es conocer lo que hay, pero me disgusta la persecución de todo juicio de valor (a poco que esté bien fundado). No creo en el neutralismo, pero tampoco en el compromiso firme e inequívoco

⁴ Esto no marca una diferencia con respecto a los moralistas y políticos. Unos y otros prescriben, aunque, eso sí, con estilos diferentes. El científico establece con frecuencia una relación de tipo tecnológico; no en vano sigue siendo significativa la expresión de ingeniería social (por mucho que el optimismo de años anteriores haya perdido puntos). La del campo rival es una orientación fundamentalmente de principios.

⁵ Tomo esta defensa de la moderación de la página 121 de su ensayo «La sensibilidad del decenio de 1960», incluido en *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Alianza, Madrid, 1982.

(tan falta de autodisciplina y ascesis mental). Sé que la ciencia presta servicios a la política, pero me fastidia el optimismo y la falta de modestia. Sospecho también que el debate entre ambos frentes clausura el debate, el diálogo o, mejor, la conversación abierta, plural, decente y serena que es o debe ser la política. ¿Qué conversación puede haber a la vista de leyes científicas y principios absolutos?

Ni investigador, ni especulador. Empleo el primer término para referirme a todos aquellos que hacen trabajos que tienen una base empírica amplia, bien sea original o de segunda mano, y tienen la pretensión de estar haciendo ciencia social (aún cuando no sea en una versión naturalista).

Uso *especuladores* para dos grupos de autores. Los primeros son aquellos que, sin pretender hacer ciencia o sin dar mayor importancia a esta cuestión, producen trabajos de reflexión sobre la realidad social que no tienen una base empírica, lo que no significa, por cierto, que no conozcan la realidad, sino que no recogen o muestran sus evidencias de acuerdo con las reglas o los protocolos comúnmente aceptados por la comunidad de los investigadores o, como *defecto* colindante (siempre desde la perspectiva del investigador), las presentan bajo los tintes fuertes de alguna idea más o menos filosófica o como relleno de algún aparato conceptual pre-elaborado. A estos podemos llamarles *ensayistas*, pues el ensayo es su género preferido. Los ensayistas, con más o menos autoconciencia, trabajan con «buenas» razones, «creencias» justificadas y conclusiones «plausibles», y, cuando son buenos, no tratan de convencernos de una opinión preconcebida, sino que se esfuerzan por hacer participar al lector (al tiempo que lo hacen ellos mismos) en una investigación mutua, en una conversación pública, en un discurso compartido.

La segunda categoría es la de *los osados y los brillantes*, que especulan más allá de lo adecuado y aplicable, sin el equilibrio que da la humildad ante la lógica y los hechos (equilibrio que sí tienen los ensayistas), y con productos que son a veces la reflexión de los supuestos temperamentales de sus personalidades excepcionales.

Todos conocemos el debate. Por mi parte, diré que soy un investigador que no rehuye la especulación. La empiria es importante, nos ata al terreno y nos da sentido de la realidad (o, como mínimo, *aparición* de realidad), al tiempo que reduce la probabilidad de que caigamos en un mar de abstracciones elevadas o abstrusas, sin pruebas ni ejemplos, sin historias ni color. En mi caso, Adelaida Martínez fue la prueba de fuego de mi orientación inicialmente anti-especulativa, y no la superé. Tuve que reinventarme, porque lo que yo sabía y lo que yo hacía *no me servía*. Esta es una segunda y poderosa razón en favor de la empiria. Pero la especulación (al menos la del ensayista) es también imprescindible, es más, ineludible. ¿Ya no nos sirve la «alienación» porque no podamos *verla*, porque sea acaso un concepto que no sepamos medir o reducir a sus dimensiones básicas, porque no podamos sino *hablar* de ella, porque en definitiva no nos quede otro méto-

do que el especulativo, la conjetura o la inferencia razonable? ¿Estamos obligados al silencio de la reflexión, a la invalidación de todo lo que no lleve prueba científica? ¿Hemos de preferir lo correcto a costa de lo importante? (y no pretendo que lo correcto no pueda ser importante). ¿Hemos de callar cuando queremos hablar?

Ni teórico, ni intérprete. Teóricos son quienes hacen teoría en la senda de la ciencia empírica, a la búsqueda de concebir esquemas analíticos del mundo empírico. Esto se lleva a cabo concibiendo el mundo en términos abstractos, es decir, basándose en clases de objetos y en las relaciones existentes entre ellas. Los esquemas teóricos son, esencialmente, proposiciones sobre la naturaleza de esas clases y de sus relaciones, siempre que dicha naturaleza sea problemática o desconocida, y se convierten en elementos orientativos de la investigación a efectos de determinar si tales consecuencias son ciertas o no.

Esta teoría puede tomar la forma de proposiciones o de discursos⁶, y buscar o no relaciones explicativas (de causa a efecto) y funcionales (por los propósitos, fines o necesidades a los que sirven). Cuanto más discursiva sea y más renuncie al análisis causal y funcional, más se acerca a la interpretación.

La interpretación es tan importante y legítima como la teoría, diferente y complementaria. Trabaja con los discursos humanos y desentraña, ordena o produce los significados del mundo social o de una parte importante del mismo. No aspira a enunciar proposiciones científicas, sino a subrayar y definir situaciones vitales, a fin de que la gente pueda tener una comprensión más clara de su sociedad en general o de su mundo en particular, de sus posibilidades de desarrollo y de las direcciones que puede adoptar: «En toda sociedad, y especialmente en una sociedad cambiante, es necesaria una clarificación significativa de los valores sociales básicos, de las instituciones y relaciones sociales y de los modos de vida. A pesar de los análisis efectuados por medio de la ciencia empírica, ésta no puede satisfacer tal necesidad. Su realización efectiva requiere cierta sensibilidad para

⁶ Tal y como los define Jeffrey C. ALEXANDER en su ensayo «La centralidad de los clásicos», en Anthony Giddens y Jonathan Turner (eds.), *La teoría social hoy*, Alianza, Madrid, 1990. Leemos: «el discurso –y no la mera explicación– se convierte en una característica esencial de la ciencia social. Por discurso entiendo formas de debate que son más especulativas y están más consistentemente generalizadas que las discusiones científicas ordinarias. Estas últimas se centran, más disciplinadamente, en evidencias empíricas específicas, en la lógica inductiva y deductiva, en la explicación mediante leyes subsuntivas y en los métodos que permiten verificar o falsar estas leyes. El discurso, por el contrario, es argumentativo. Se centra en el proceso de razonamiento más que en los resultados de la experiencia inmediata, y se hace relevante cuando no existe una verdad manifiesta y evidente. El discurso trata de persuadir mediante argumentos y no mediante predicciones. La capacidad de persuasión del discurso se basa en cualidades tales como su coherencia lógica, amplitud de visión, perspicacia interpretativa, relevancia valorativa, fuerza retórica, belleza y consistencia argumentativa.» (pp. 35 y 36).

las nuevas situaciones y una apreciación de las nuevas líneas que pueden ir configurando la vida social»⁷.

Los intérpretes producen fundamentalmente relatos, descripciones densas y discursos sobre la vida social y moral. Para algunos de ellos, el papel de las ciencias sociales se aproxima al de la literatura⁸. En ocasiones, apuntan a fines que podríamos llamar *moralizantes* o educativos o cívicos o incluso filosóficos (Robert Bellah sería el mejor maestro de esta escuela: «uno no aprende acumulando proposiciones acerca de un mundo objetivo, sino a través de la participación en las prácticas sociales, asumiendo roles sociales, *familiarizándose con narraciones ejemplares y con personajes típicos* que ilustran una gran variedad de conductas»⁹).

¿En qué punto se sitúa *Adelaida Martínez*? De nuevo, en uno intermedio, entre la teoría discursiva (por lo menos en grado exploratorio y quizá de un modo impresionista) y la interpretación con fines cívicos.

* * *

Entramos ahora en contenidos. Seguiré la ruta ya emprendida y comenzaré dando una serie de razones por las que *Adelaida Martínez* nos produce una cierta perplejidad. No es asunto que, en principio, aborde especialmente Susín, aunque sí va a dar un sentido especial a mi respuesta a la objeción que muy justamente me hace de que olvido el contexto más general en el que hay que situar a *Adelaida Martínez*.

¿Qué hay, pues, de *nuevo* o extraño en este personaje? (que, por cierto, a fuerza de darle vueltas, se va convirtiendo en un símbolo o metáfora).

Para empezar, *Adelaida Martínez* no nos hace sentir la atracción del abismo. No pertenece al género de los héroes románticos, aquellos emblemas de desorden, escándalo e irreverencia, esos personajes que deciden ser diferentes, de lenguaje venenoso, perversos, voluptuosos, criminales. Tampoco encaja en el molde del antihéroe, casi siempre un pobre diablo, un fracasado por propia elección, a veces un melancólico y suave personaje que nunca logró incorporarse al ritmo en que gira el mundo. En definitiva, *Adelaida Martínez* no da el tipo de los dos héroes más privilegiados por la modernidad. Más bien,

⁷ Herbert BLUMER, «¿Cuál es el error de la teoría social?», en *El interaccionismo simbólico. Perspectiva y método*, Hora, Barcelona, 1982, p.108.

⁸ De este modo, nos hacen recordar el papel que Lionel TRILLING atribuía a la literatura en su muy influyente libro *La imaginación liberal* (Edhasa, Barcelona, 1971): amplía el universo del discurso humano, da voz a nuestra cultura, al incorporar valores y conductas que nos reflejan, se eleva como agente de la imaginación moral, y, al hacerlo, nos incluye en la vida moral, nos invita a someternos a examen, nos sugiere que la realidad no es como nuestra educación (de un tipo u otro) nos ha hecho verla y nos enseña a extender la variedad humana y el valor de esta variedad.

⁹ El énfasis es mío. Robert N. BELLAH y otros, *The Good Society*, p.158.

alguien podría verla como un representante de ese otro héroe «positivo», con pretensiones de moralidad, inhumano e intolerante con sus vecinos, con rasgos autoritarios y demagógicos, convencional y aburrido. ¿Por qué razón estos personajes se nos han vuelto tan obtusos y sospechosos?¹⁰

El caso Adelaida Martínez nos inquieta por una segunda razón. No nos persuade de que progresamos sin quererlo, inevitablemente, durmiendo. No nos desembaraza de la responsabilidad, ni vela para nosotros la humillación de las comparaciones, ni sofistica la historia, ni suprime el infierno por amistad hacia el género humano. Va contra una época infatuada de sí misma. De este modo, no podemos amarla ni engrandecerla¹¹.

En tercer lugar, Adelaida Martínez nos molesta porque juzga, y porque lo hace con la referencia –digamos– absoluta y firme de ciertos principios morales estrictos o desfasados (la ética del trabajo, por ejemplo). En el libro hay, sin lugar a dudas, cierto aire de defensa de esas moralidades absolutas¹², pero, sobre todo, una defensa del principio de la jerarquía de valores y una consecuente justificación de los juicios que hacen las personas, y ello porque entiendo que es algo comprobablemente constitutivo del yo. Mi principal apoyo, en aquella ocasión, fue Charles Taylor. Me alegró comprobar después que el radical Terry Eagleton cita también las mismas palabras de Taylor, a las que añade: «Valorar pertenece a una identidad social, y la vida social puede llegar a tropezar sin ello. Un sujeto que no discriminara no podría ser un sujeto humano en absoluto, que es probablemente la causa por la que ciertos sujetos posmodernos que opinan que valorar es “elitista” sólo pueden existir en los libros. Es también difícil saber de dónde extraen el juicio de valor de que el valor es irrelevante» (pág. 143) o «Todas las prácticas humanas, desde echar abajo la Bastilla hasta cepillarse los dientes, trabajan por exclusión, negación, supresión» (... a lo que sigue: «es por esto que uno debe tratar de evitar excluir las cosas equivocadas o suprimir a la gente equivocada»)¹³.

Adelaida Martínez, además, funciona con estereotipos (su mundo se divide en buenos y malos) e incurre en uno de los peores males que nuestras mentes sofisticadas, autocontroladas e ilustradas, de personas modernas, pueden concebir: el prejuicio. Imperdonable. Luchamos contra él en mil campos de batalla, pues alimenta los peores males de nuestras sociedades: el maltrato, la violencia, el racismo, la

¹⁰ Tomo aquí palabras del artículo de Sergio PITOL «La moral del nuevo héroe literario» (*ABC Cultural*, 27-11-1999).

¹¹ Este párrafo es profundamente deudor del libro de Charles BAUDELAIRE *Edgar Allan Poe* (Visor, Madrid, 1988).

¹² El lector, como yo mismo, se preguntará si su fundamento es alguna forma de kantismo o de aristotelismo, y si no va cambiando en sus diferentes partes. Hay –lo admito– una cierta indeterminación.

¹³ En *Las ilusiones del posmodernismo*, Paidós, Buenos Aires, Barcelona, México, 1997, pp.143 y 144, respectivamente.

xenofobia, la discriminación. En abstracto, podemos entender sus funciones cognitivas, incluso su papel en la preservación de los valores individuales, y hasta ciertos comentarios como el referido al sepulturero Cieslakiewicz, que quería que le dejaran relajarse en sus viejos prejuicios¹⁴. Pero nos deslizamos *con facilidad amada*, bien hacia el etiquetado de todo el negocio de Adelaida Martínez como ideológico (por falso y poco ajustado a la realidad), bien hacia la sospecha de una falla psicológica e identitaria grave, pues ya sabemos que cuanto más seguros se sienten los miembros de un grupo de su superioridad y orgullo, menos distorsionan la realidad y menos se encaminan hacia los extremos de la ilusión y la rigidez doctrinaria.

Adelaida Martínez, sin embargo, nos inquieta. Hay algo de ella que, aunque nos choque, aunque lo rechacemos, no nos abandona. Lo sé, lo intuyo. Es la lección que extraigo de mi propia experiencia y de la de un puñado de queridos lectores. ¿Por qué? ¿Por qué alguien tan extraño, tan ajeno a nuestras vidas, tan poco moderno, capta nuestra atención? ¿Tal vez por algo así como que «la gente tiene ganas de volver a lo tradicional» o, en un sentido diferente, porque «necesitamos de tradiciones» (sean éstas las que fueren)? ¿Porque hay un cansancio de modernidad? ¿Porque somos hoy más conscientes de cómo la globalización y el nuevo capitalismo amenazan con subvertir toda idea humana de estabilidad y permanencia?

No pretendo tener la solución, y todo lo que diga será necesariamente parcial. Lo cierto es que Adelaida Martínez no padece de desencanto, ni sabe de nihilismo, y tiene unpreciado y anticuado don por el que (con razón o sin ella) nosotros, seres modernos y cultos, que ejercemos la más completa soberanía que jamás nadie tuvo, sentimos nostalgia. Es el don del sentido, aunque éste vaya contra nuestra corriente. Un don que apreciamos especialmente en una situación en la que echamos cuentas y no nos acaban de salir: «La modernidad nos prometió que íbamos a encontrar la presencia fuerte, la filosofía, la

¹⁴ Mr. Sammler, el personaje de la novela de Saul Bellow (1970), es toda una figura. Era judío y los nazis lo fusilaron en un bosque polaco. Sobrevivió haciéndose el muerto y escapó desnudo y muerto de frío. Ese día perdió a su mujer y un ojo. Se hizo guerrillero, envuelto en una manta de caballo helada y con los pies liados en andrajos. Luego los guerrilleros polacos se volvieron contra los combatientes judíos. La guerra terminaba, los rusos avanzaban y parecía haberse tomado la decisión de reconstruir una Polonia sin judíos. Hubo una matanza. Sammler sobrevivió de nuevo. Se escondió en un cementerio, en la tumba de una familia. El guarda del cementerio en tiempos de paz, le dejaba comida. Arriesgó la vida por él. No se eran simpáticos el uno al otro. Después de la guerra Sammler le había enviado dinero y paquetes. Hubo correspondencia con la familia. Luego, al cabo de unos años, las cartas empezaron a traer sentimientos antisemíticos. Nada demasiado maligno. Sólo un poco de lo de siempre. Y escribe Bellow: «Cieslakiewicz había cumplido su etapa de honor y caridad. Había arriesgado su vida para salvar a Sammler. El viejo polaco también era un héroe. Pero el heroísmo terminó. Era un ser humano corriente y quería ser de nuevo él mismo. Ya estaba bien. ¿No tenía derecho a ser él mismo? ¿Volver a relajarse en los antiguos prejuicios?» (*El planeta de Mr. Sammler*, Destino, Barcelona, 1990, p. 94.)

ciencia, la técnica, el progreso, la sociedad perfecta. Llegamos al final y nos dimos cuenta de que no hay tierra prometida, que no hay presencia ninguna, ni de Dios, ni de una sociedad perfecta, ni del paraíso en una tierra que emana de sentido. Lo que queda es el nihilismo, la desesperación, la angustia y la depresión»¹⁵... o, cuando menos, una fragmentación que, para quien conserve un hambre mínima de unidad, resulta tan enriquecedora como incómoda (como se ve, no soy especialmente optimista).

Sentido, pues. Y no sé tanto si el mérito de Adelaida Martínez es tener sentido (pues casi se presumiría que *todos* los demás no lo tenemos, cosa harto improbable), cuanto alguno de estos otros tres: recordarnos lo importante que es (obligarnos a pensar en él), proponernos un rastreo serio en nuestra naturaleza interior, o mostrarnos un buen ejemplo (simple y hasta rudimentario, pero, por ello, efectivo) de ese *núcleo del yo permanente* que ha quedado últimamente un tanto olvidado.

Esta postrera razón es especialmente interesante. No hubo que esperar al progreso de las doctrinas del posmodernismo para que alguien tan penetrante como Elias Canetti escribiera: «la teoría de que la vida de un ser humano se halla compuesta por un sinnúmero de detalles que nada tienen que ver unos con otros puede, sin duda, ser defendida, pero se ha extendido demasiado y sus consecuencias no han sido precisamente positivas. Le quita valor al hombre para resistir, toda vez que para ello es necesario sentir que uno permanece igual a sí mismo. Debe haber en el hombre algo de lo cual no se avergüence, algo que verifique y registre las vergüenzas necesarias»¹⁶.

Luego, esa teoría ha cogido fuerza y credenciales académicas. A este respecto, Adelaida Martínez puede ser vista en parte como un alegato, ahora paradójicamente tan tradicional como moderno, contra el sujeto posmoderno fragmentado y descentrado, y también contra todas esas doctrinas que, habiéndonos traído alguna emancipación, nos ha encajonado innecesariamente (y a una parte de la izquierda, de un modo dañinamente esterilizador) en un rechazo insensato de *toda* (igual las buenas que las malas) idea de jerarquía, esencia, teleología, metahistoria, humanismo y universalismo¹⁷.

¹⁵ Son palabras de Mauricio Beuchot extraídas de una conversación filosófico-teológica con Javier Sicilia sobre el posmodernismo francés y el vacío de sentido al que nos conduce su pretensión de derrocar la vocación de universalidad de la tradición moderna (publicada con el título «Dios posmoderno», en *Letras Libres*, diciembre 1999, p. 48).

¹⁶ En «Tolstoi, el último antepasado», publicado originariamente en 1971 e incluido en *La conciencia de las palabras*. Fondo de Cultura Económica, México, 1981, p. 273.

¹⁷ De nuevo me remito a Terry EAGLETON en la obra ya citada, y a su particular defensa de estos principios como una necesidad de los radicales: «Al enfrentar a sus antagonistas políticos, la izquierda, ahora más que nunca, tiene necesidad de una

Con todo, inquietud e interés no equivalen a aceptación del trabajo, de su enfoque y su filosofía (pues, por abierto que sea, alguno debe de tener). Incluso pueden traducirse en una reacción de repudio mayor (que buscaría evitar o hacer olvidar toda experiencia previa de seducción, por pasajera o relativa que hubiera sido).

En este sentido, recuerdo una de las primeras reacciones, repetida en otros lectores: «su libro se mueve en una perspectiva liberal». No lo entendí. Era como si me hubieran acusado de gordo. ¿Y qué? Echaba en falta el razonamiento. Más adelante pensé en una de esas confusiones tan lamentablemente típicas, pues, si a algo podía sonar mi trabajo, era a «conservador» (y aquí debiera añadir «en el sentido cultural del término, a lo Bell, o en el filosófico, a lo Oakeshott»). Tardé en comprender que se me reprochaba que ofreciera una perspectiva demasiado centrada en el individuo, aserto que comprendía los siguientes: que diera la impresión de que la pobreza se explicaba por causas individuales; que apelara a valores liberales, tales como la responsabilidad individual (que no llegué a mencionar nunca), la auto-ayuda (que no salió de mi boca) o la ética del trabajo (que no es un valor exageradamente liberal); que abriera la puerta, bien para las soluciones individuales, bien para la renuncia, el desengaño o la más pura resignación; que cantara el sacrificio, el silencio y la certeza de una insatisfacción sin solución; que no respirara rebeldía, ni crítica, ni vehemencia en mi ausente denuncia; que fuera un escritor satisfecho, distante, ajeno a los procesos colectivos y solidarios de emancipación social, instalado en las nubes, piadoso e insolidario. Dicho en otros términos, que –y éstas ya son palabras de Susín– hubiera escrito un libro que «descontextualiza el personaje de Adelaida Martínez; que no tiene en cuenta que Adelaida Martínez forma parte de un paisaje conformado por una serie de factores externos a ella y de diverso origen, cultural, económico, social..., desconectando el problema de la vinculación social de los pobres con otros temas como la desigualdad o la justicia social; que focaliza en exceso su trabajo en un personaje y en las aportaciones y creencias de ese personaje sobre la realidad; que se mueve en un plano que ya no es que sea microsociológico, sino que parece preocuparse únicamente de niveles interiores de difícil

ética fuerte e incluso de fundamentos antropológicos; nada menos que esto puede proveernos de los recursos políticos que requerimos». Ciertamente es que Adelaida Martínez representa un tipo de respuesta tradicional que Eagleton probablemente no priorizara, pero también lo es que éste postula una narrativa utópica que combine lo mejor de los dos mundos, el tradicional y el moderno, o que hace suya la recomendación táctica de Walter Benjamin: «Recoge todo lo que puedas porque nunca sabes cuándo puede ser útil» (p. 184). Es también muy interesante su, por otro lado innecesariamente dura, declaración siguiente: «es probablemente inevitable que algo de lo que argumento pueda ser compartido por los conservadores que atacan al posmodernismo, por razones que considero repugnantes. Radicales y conservadores, después de todo, necesariamente tienen algún territorio en común (...). Los radicales, por ejemplo, son tradicionalistas, como los conservadores; simplemente que adhieren a tradiciones completamente diferentes» (p. 14).

contrastación, de planos en los que es excesivamente fácil deslizarse a la apreciación subjetiva».

No estoy en la plaza y no responderé a todos. Por suerte, además, Susín está bastante más leído y es bastante más prudente que alguno de mis más queridos críticos locales. Sin embargo, sí deseo que se oiga mi voz en un punto. Si señalo la falta de sentido como un agravante de la pobreza, no estoy dando una *explicación* de la misma, y mucho menos una que sea sediciosamente *individualista*, pues esa falta de sentido a la que yo aludo es también un fenómeno colectivo que trasciende en parte al individuo. Además, bien pudiera ser que uno de los responsables de ese déficit fuera el disolvente mercado, que acaba con todo e impone una lógica de «placer y pluralidad, de lo efímero y lo discontinuo, de cierta gran cadena de deseo descentrada de la que los individuos parecen meros efectos fugaces»¹⁸.

Hecha esta anotación, me limitaré a contar mi historia.

«En un principio fue el individuo, el rey, el soberano, la llave de todas las explicaciones. Se hablaba de responsabilidad individual, de mérito, de pugna con las dificultades, de independencia personal y de cosas por el estilo, incluso en el seno del movimiento obrero. Quienes así lo hacían, olvidaban, con frecuencia, la explotación, la opresión, el languidecimiento de tantas vidas de trabajo poco prometedor y de humillaciones cotidianas. Querían hacer auténticos caracteres de seres palidecidos. Su mundo era el mundo de los héroes virtuosos, pero el implacable capitalismo no consentía pinturas de la Grecia clásica o la Roma republicana. Vinieron otros que, por amor al género humano, aligeraron al individuo de aquella fatigosa carga. Estaban cansados del individuo y de aquellos enfoques prepotentes, fuertes, monolíticos e impositivos. Era el turno de la sociedad, el colectivo, la estructura, el sistema; los factores impersonales, la dura economía, lo objetivo, duro, irreductible. Estuvo bien, pero algunos de estos amantes de la humanidad tenían el mismo oído de hojalata para lo ajeno que los entronizadores anteriores del individuo, la misma ebriedad de certeza. Querían desbatar, rebajar, quitarle fuerza a aquel soberano autoritario, pero acabaron quitándole toda autoridad, y lo hicieron débil, relativizado, la víctima de un siglo rico en excusas. La reforma social cogió impulso, la humanidad progresó, el Estado creció: nos tragó la ballena¹⁹ (... y no se está del todo mal en su interior, pues ofrece cobijo frente a las intemperancias e injusticias del océano). Pero esta situación no complació a todos (y olvidémonos de quienes simplemente deseaban matar al mamífero). Para algunos, el problema no era tanto el cetáceo, cuanto cierta dosis de simplismo de sus enseñanzas antropológicas, filosóficas y morales. Optaron por el individuo, pero casi

¹⁸ De nuevo EAGLETON, p. 194.

¹⁹ Tomo prestada la imagen del británico Frank FIELD, «Inside the Whale. Redrawing the Line between State and Government», en *The Political Quarterly*, 69:3 (1998), pp. 252-257.

por cansancio, casi obligados a escoger, por pura conciencia de que, eliminado el individuo, no se acababan los problemas (más bien, surgían otros igualmente importantes). No querían el fin de la sociedad, pero les dolía la muerte del individuo. Sencillamente, no les gustaban algunas de las ingeniosas invenciones que dispensan al hombre de la virtud. Fin de la historia».

Adelaida Martínez fue escrito por uno de estos últimos. Tras su publicación, la queja casi unánime ha sido ésta: ¡Se olvidó del sistema! Sí, es una acusación justa, la más justa de todas las críticas que el libro ha recibido. Soy un reo confeso. Lástima que a muchos de esos críticos —no a Susín, desde luego, por el que siento un gran respeto— no se les haya ocurrido nunca echar en falta un descuido parejo del individuo, ni aun en obras del más burdo —digamos— sociologismo o economicismo.

Pero tenía que ser así, porque no hay apuesta sin riesgo... y tocaba apostar; porque uno no puede estar en dos sitios a la vez; porque el énfasis necesita su espacio (y tiene su tiempo); por libertad intelectual; por rebeldía; porque algunos de los que hablan ese lenguaje tan estructuralista son aburridísimos; porque a pesar del predominio de este enfoque, determinados fenómenos no económicos de la pobreza nos siguen interpelando: hacen que nos planteemos preguntas (no sólo cuánto gasto social suplementario será necesario) y nos exigen que busquemos nuevas respuestas, por inseguras o inciertas que sean; y porque quería hacer un homenaje a esa madre-coraje que, como tantos de esos protagonistas de celuloide que menciona Susín en su última nota (más los de Robert Guédiguian y Bertrand Tavernier), actúan, saben qué hacer, buscan comportarse con nobleza, quieren ser protagonistas de sus propias vidas, nunca son víctimas (aunque lo sean) y sacan fuerzas de los depósitos de sentido a su alcance (sean la tradición, la cultura obrera o el amor por la vida, que, curiosamente, a veces es más fuerte entre los más desgraciados). Tenía que ser así.

¿Ha ganado, pues, Adelaida Martínez?

En absoluto. La acusación de Adelaida Martínez es revocable, lo que significa que puede ser rechazada o anulada en una etapa posterior del proceso. Presenta unos cargos (contra la sociedad y contra sus vecinos) que aluden a unas presuntas faltas que pueden ser negadas, matizadas o justificadas, con la presentación de pruebas y argumentos decisivos y verosímiles (que no faltarán). Pero lo que importa es que Adelaida Martínez tiene un caso *prima facie*: ha presentado pruebas a su favor lo suficientemente fuertes como para que se convoque a sus opositores a que comparezcan. Deberán éstos presentar justificaciones, matices y presuntos hechos de descargo. No ha ganado, simplemente ha conseguido imponer la idea de que tenía algo que decir que merecía ser tenido en consideración. Su posición es frágil y vulnerable, pues su demanda puede ser anulada. Confiamos tan sólo en que, mientras tanto, no haya despertado la furia de los dioses.

IV

CRÍTICA BIBLIOGRÁFICA

